

Meditación histórica sobre



la NECESIDAD de la IGLESIA

Fernando M.^a Riaza, S. I.

MAS de una vez hemos oído la expresión de que fuera de la Iglesia no hay salvación, y no nos ha sonado bien. El esquema ideológico desde el que enfocamos el mundo se va haciendo cada día más horizontal y democrático, sin lugar para razas privilegiadas ni para exenciones. Al traspasar inconscientemente este esquema a lo religioso, casi les reconocemos a todas las religiones un derecho paritario de ciudadanía en el ancho campo de las ideas. No cuadra a nuestro talante ciudadano de hombres libres el sentido del privilegio, aun religioso, y eso que nosotros estamos dentro del régimen privilegiado. Por eso la fórmula anterior suele estar fuera de nuestro tráfico religioso interior, como un chisme de otra época.

Voy a tratar de hacer comprensible el contenido dogmático de ella. Pero no me voy a limitar al significado de las palabras sino que intentaré hacerlas comprensibles en la historia. Primero una visión esquemática de la Iglesia católica como fenómeno histórico. Sobre esta pantalla el valor de la fórmula dogmática, para acabar sintetizando estas dos maneras de concebir, opuestas al parecer.

1) La Iglesia Católica como fenómeno histórico.

Muy a grandes rasgos podemos calificar a la Iglesia como una religión universalista, coforjadora de Europa y radicada sustancialmente en ella.

No creo que haga falta explicitar mucho estos aspectos. El que radique en Europa es una afirmación global que con las precisiones que siguen puede englobar su desarrollo histórico.

Sin embargo Europa —se repetirá lo mismo después— no ha permanecido religiosamente una. A partir del XVI sobre todo, se origina un movimiento de divergencia cuya culminación se alcanza en el XIX. Europa hecha por la Iglesia ya no es de la Iglesia. La Iglesia permanece en ella como en su soporte geográfico, en ella está Roma, europeos han sido la gran mayoría de los Papas. Pero Europa ha huído de la casa paterna. Hasta el punto de que Tagore hablaba, no sin razón, de los “paganos occidentales”. Hoy los adalides de Europa en el extremo Oriente siguen siendo Kant, Rousseau o Carlos Marx.

No obstante, las relaciones de la Iglesia con el mundo extraeuropeo tienen alguna semejanza con las que con

este mundo ha tenido Europa misma. En E.E. UU. y Latinoamérica donde Europa ha retoñado plenamente, también la Iglesia vive con autonomía. Los países de misión guardan quizá una semejanza global con las tierras a las que llegó la labor colonizadora de Europa. De hecho la Iglesia está encarnada principalmente en Occidente. Pero encarnada no es sinónimo de enfeudada y hay en ella —aun considerada como fenómeno histórico— virtualidades de reencarnación que entran ahora en una nueva y prometedoras etapa.

Respecto al inmenso y todavía bastante desconocido para nosotros mundo oriental, China y Japón sobre todo, la Iglesia no ha tenido penetraciones definitivas. Este mundo sigue autónomo, con mayor conciencia de sí mismo cada día. Su cultura más antigua y quizá menos deshecha que la nuestra, su religión, su concepción completa de la vida son realidades actuales marginales del fenómeno Iglesia.

No se puede decir lo mismo del mahometismo de raigrambre judeo-cristiana innegable. Pero encuentra una coyuntura histórica adecuada y no sólo se erige en religión independiente sino que históricamente llega a convertirse en su más formidable enemigo.

No podemos adentrarnos, historia arriba, en las civilizaciones precristianas. Sólo anotar su número y duración, superiores en mucho a las que actualmente existen sobre el planeta. Todas ellas, ríos gigantes de la historia, pasaron, tras haber tenido su concepción específica y particular del mundo. Todos mundos enormes ajenos a la Iglesia.

Hay que tener en cuenta al acabar este elemental esquema histórico dos formas de religiosidad afines, pero fuertemente separadas del catolicismo: los cristianos disidentes y los judíos.

Cismáticos desde el XI y protestantes desde el XVI escinden de manera hasta hoy irreparable la religiosidad europea. Como cuerpo social y doctrinal la Iglesia católica ha marcado con precisión los puntos de desacuerdo. El anglicanismo, como la catedral de San Pa-

blo, imita en pequeño, convertido en Iglesia nacional, las maneras de Roma.

Los judíos conservan una religiosidad fuertemente dosificada de patriotismo y sellada con el odio a la impostura cristiana. La influencia de la Iglesia en ellos es quizá negativa. Siguen la vieja línea de la que brotó la Iglesia, impertérritos frente a la aplastante superioridad del retoño.

Así pues y con toda la amplitud que toman los términos en las síntesis históricas podríamos resumir así históricamente los XX siglos de Iglesia Católica:

—Admirable forjadora y educadora de Europa, no mantiene sin embargo su plena autoridad religiosa en esta misma Europa.

—Su expansión extraeuropea está en alguna manera condicionada a la expansión político-cultural del mundo occidental.

—Expansión que no consigue penetraciones sustanciales en el mundo oriental y apenas ninguna en el judío y mahometano.

—Toda esta labor no se ha hecho sino en un mundo surcado ya profundamente por civilizaciones y religiones anteriores de longevidad superior.

2) La realidad Dogmática: «Fuera de la Iglesia no hay salvación»

Tras la visión anterior, más bien externa, acerquémonos a la conciencia que de sí misma tiene la Iglesia. Y encontramos que su pensamiento constante es que “fuera de ella no hay salvación”, que ella, la Iglesia católica, sociedad religiosa claramente señalable, es el único camino hacia Dios.

Esta autoconciencia de su verdad y necesidad nace con ella y se manifiesta explícitamente desde que las primeras herejías rompen en su seno.

En el símbolo antiguamente atribuido a San Anastasio, compuesto a más tardar a principios del siglo VI, se expresa así:

“Todo el que quiera salvarse, es necesario ante todo que mantenga la fe católica, pues el que no la

guarde íntegra e inviolada, de cierto se perderá para siempre" (1).

A fines de este mismo siglo el Papa Pelagio II escribe a los obispos cismáticos de Istria que deben volver a las "entrañas de la madre Iglesia" porque "todo aquel que no esté en la paz y unidad de la Iglesia" es seguro que "no puede tener a Dios" (2).

Inocencio III en el apogeo del XIII hace suscribir a los valdenses en su profesión de fe:

"Creemos y confesamos una sola Iglesia, no la de los herejes, sino la romana, santa, católica y apostólica, fuera de la cual creemos que nadie se salva" (3).

Bonifacio VIII en el siglo siguiente nos repite lo mismo bajo una comparación bíblica:

"Una sólo... fué el arca de Noé en tiempo del diluvio la cual prefiguraba la única Iglesia... y fuera de ella leemos haber sido borrado cuanto existía sobre la tierra" (4).

En el siglo XV una fórmula dogmática del Concilio ecuménico reunido en Florencia nos lo vuelve a expresar con palabras tomadas de San Fulgencio:

(La santa madre Iglesia) "Firme-mente profesa y predica que nadie que no esté en la Iglesia católica, no sólo los paganos, pero ni los judíos o herejes, pueden participar de la vida eterna sino que irán al fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles a no ser que se agreguen a ella antes del fin de su vida" (5).

Los teólogos que prepararon los esquemas que se habrían de discutir en el interrumpido Concilio Vaticano juzgaron esta doctrina lo suficientemente enraizada en la común creencia de la Iglesia como para presentar a la discusión con vías a su definición dogmática esta fórmula: "es también conocidísimo el dogma católico, que nadie se

puede salvar fuera de la Iglesia católica" (6).

Interesa por fin hacer constar que Pío XII también ha puesto de relieve esta misma creencia (7).

Pero junto a esta creencia universal, de la imposibilidad de salvarse fuera de la Iglesia católica, nos encontramos también con la afirmación de la posibilidad de salvarse en los que no la han conocido inculpablemente.

Pío IX en la alocución "*Singulari quadam*" tras de recalcar la necesidad de la Iglesia, añade:

"Sin embargo, también hay que tener por cierto que quienes sufren ignorancia de la verdadera religión, si aquélla es invencible, no son ante los ojos del Señor reos por ello de culpa alguna" (8).

Después el mismo Papa en la Encíclica "*Quanto conficiamur moerore*" y León XIII, Pío X, Pío XI y Pío XII en diferentes encíclicas y alocuciones nos hablan de la posibilidad de salvación de los que inculpablemente no pertenecen a la Iglesia (9).

Como se ve, esta doctrina que viene a explicar la anterior ante la pregunta obvia que hoy nos brota a la vista de todos cuantos por ignorancia viven alejados del seno de la Iglesia, es mucho más reciente en la enseñanza de la Iglesia que la anterior. Pero aunque el primer documento pontificio es el de Pío IX, la doctrina sin embargo es muy anterior (10).

Así, pues, la buena voluntad en seguir la propia conciencia en aquellos

(6) GONZALEZ QUINTANA S. I. *El Axioma «Extra Eccl. nulla salus»...* Eccl. Xaveriana 1 [1951] 82.

(7) Cfr. *Humani Generis* AAS 42 [1950] 571: «Algunos reducen a una fórmula vana la necesidad de pertenecer a la Iglesia verdadera para alcanzar la salvación eterna».

(8) D. 1647.

(9) Abundantes textos pontificios sobre el tema pueden verse en LAWLOR S. I. *The Mediation of the Church in some pontifical documents*. Theological Studies 12 [1951] 496 y en JOSE M.³ CASTILLO «Fuera de la Iglesia no hay salvación» *Proy* 2 (1955) 26-31.

(10) Quizá S. JUSTINO PL 3, 1123 y S. AMBROSIO PL 16, 1374. Cfr. S. TOMAS I-II, q. 89 a. 6; SUAREZ. *De gratia actuali* 2, l. 4, c. 12.

(1) STIGLMAYR. *Das «Quicumque» und Fulgentius von Ruspe*. Zeit. kat. Theol. 49 [1925] 345; D. 39.

(2) D. 246.

(3) D. 423.

(4) D. 468.

(5) D. 714.

que inculpablemente no reconocen a la Iglesia Católica como la auténtica Iglesia de Dios es también camino para la salvación. Sin embargo afirmar esto parece querer decir que fuera de la Iglesia Católica hay salvación, en contradicción con la doctrina de que antes hemos hablado.

Esta misma cuestión se presentó en el Concilio Vaticano en la discusión de la fórmula de la que antes hemos hecho mención. Y allí se rechazó la proposición de que pueda salvarse alguien sin pertenecer en absoluto a la Iglesia (11). Es decir que cualquiera que se salve ha de pertenecer en alguna manera a la Iglesia, y todos los que visiblemente no pertenecen a ella también se salvan de alguna manera en ella y por ella.

La determinación teológica del significado de esta "pertenencia" misteriosa a la Iglesia de todos aquellos hombres de buena voluntad que inculpablemente la desconocen plantea una serie de problemas muy discutidos hoy sobre la mediación de la Iglesia, el concepto de miembro y aun la naturaleza de la misma Iglesia y de la gracia sacramental.

A nosotros sin embargo, nos interesa tan sólo dejar claro lo indiscutido de la doctrina es decir que la Iglesia Católica es el medio único y universal de salvación para todos los hombres tanto para los que pertenecen visiblemente a ella como para los demás. Luego de alguna manera ha de pertenecer a ella quienquiera que se salva (12).

3) Hacia la comprensión histórica de la realidad Dogmática

No hace falta llamar la atención sobre el antagonismo de las dos concep-

ciones. Históricamente la Iglesia Católica —se dirá— es una de las ramas, la más vigorosa sin duda, del viejo tronco cristiano, el cual, aun en sus momentos de mayor expansión, no ha trascendido de manera durable los límites de la civilización occidental. Es, en el mejor de los casos, la religión de una civilización (13), una fuerza más entre las que mueven la historia y, no obstante su innegable superioridad está en la misma línea que el budismo o hinduismo respecto de las civilizaciones de que éstos forman parte (14).

Teológicamente en cambio la Iglesia Católica es el centro. Como prolongación de Cristo —*le Christ répandu*, en frase de Maritain— centra en sí todos los esfuerzos religiosos de la humanidad que le precede y es la medida de validez en los que la siguen. Estar con la Iglesia es estar con Dios. Es la religión de la humanidad (15), la fuerza divina de la historia, la única.

Gertrudis von Le Fort pone en boca de la Iglesia estas palabras:

"Estuve oculta tras sus ídolos,
los dichos de sus sabios me adivinaban apenas,
sobre las estrellas que iban cantando estaba yo
y en las profetisas arrebatadas por el espíritu.

Fuí el deseo de los tiempos, fuí la luz de los tiempos
soy la plenitud de los tiempos" (16).

Esta oposición —"una más" frente a "la única", fenómeno histórico intramundano frente a realidad humanodivina— se ha resuelto de dos maneras.

tratamos de las relaciones que estos actos tienen con la Iglesia. Sobre el tema del acto de fe en los que no pertenecen a la Iglesia puede verse MOORE M. A. *«La Salvación de los infieles»* Proy 4 (1957) 258-263.

(13) TOYNBEE. *Estudio de la historia*, I, p. 76 ss.

(14) Tras la aparente evidencia de este juicio histórico hay siempre que poner la relatividad que a ciertos conocimientos históricos confiere la ignorancia invencible del ulterior despliegue del fenómeno que se juzga.

(15) SEMMELROTH S. I. *Die Kirche als Ursakrament*, c. 3.

(16) *Hymnen an die Kirche* [1924] 19.

(11) GONZ. QUINTANA, S. I. I. c.

(12) Hay que deslindar cuidadosamente la pregunta acerca de la necesidad de la Iglesia de la cuestión previa de la salvación de los infieles. Esta cuestión tiene su solución en las condiciones requeridas para el acto de fe y caridad sobrenaturales. Y es previa a la que ahora nos ocupa porque en ésta suponemos ya la necesidad de esos actos en cualquier hombre que esté en camino de salvación. Aquí sólo

O, aceptando la historia (17) como realidad última (al menos como realidad última asequible al hombre), juzgar desde ella a la Iglesia (18) o, aceptando primero a la Iglesia, juzgar desde ella a la historia.

Tratemos dentro de la segunda postura de hacer comprensible históricamente la realidad dogmática.

Para ello tenemos que precisar el concepto de historia. Si la miramos macroscópicamente, en sus grandes acontecimientos, tomando la civilización como unidad, es evidente la limitación del fenómeno histórico Iglesia dentro de su grandeza y primacía innegable dentro de las demás sociedades religiosas. Es la visión que esbozamos al principio. Pero en la historia hay mucho más que eso. Formando esta macrohistoria, y a la vez formada por ella, está la microhistoria, la historia de cada ser humano, sus proyectos singulares, su conducta. Es la historia de cada espíritu perdido en el mar de la humanidad, en definitiva la historia de cada uno de nosotros. Historia inabarcable e infinita que apenas vislumbramos bajo los grandes acontecimientos más llamativos. En este plano la historia de la Iglesia ni está hecha ni puede hacerse, pero es una realidad. Y en él trasciende la limitación a que está sometida en el otro.

Porque envolviendo estas dos vertientes de la historia está otra Voluntad más poderosa que interfiere los acontecimientos minúsculos y las grandes fuerzas de la humanidad. Historia más misteriosa aún, sometida tan sólo a la ley de "*Quien obra todas las cosas según el consejo de su voluntad*" (19).

De esta historia divina apenas sabemos nada. Pero ciertamente tiene un centro y una meta, Cristo (20), es decir Cristo y la Iglesia ya que Cristo y la Iglesia forman la unidad de un solo

cuerpo, de tal manera que Cristo es cabeza de la Iglesia y la Iglesia es plenitud de Cristo (21).

Cristo y la Iglesia son el paso de Dios por la Historia de la Humanidad; tanto por la historia grande como por la de cada hombre. Cualquier hombre que en su interior concibe el deseo de ser fiel a Dios, de darse generosamente a los demás, de obrar el bien en su vida, cuando empieza a caminar hacia la misericordia de Dios, hacia el cielo, está de alguna manera, aunque él no lo sepa, dentro del ámbito del pueblo de Dios, dentro de la Iglesia. Aun ese mismo impulso que ha brotado del interior de su ser y le ha levantado camino de Dios es una gracia que de la Iglesia ha salido hacia él. El paso de la Iglesia por los caminos de la historia se parece al de Jesús avanzando entre la muchedumbre hacia la casa de Jairo. Pero la Iglesia no advierte las gracias que cada día salen de ella a despertar y a premiar buenas voluntades en los cuatro puntos cardinales. Este mapa de la expansión de la gracia aun "fuera" de la Iglesia es inasequible, pero las corrientes que salen de Roma cubren el mundo. En el fondo de los corazones es donde comienza el primer germen de la Iglesia. Es pequeño como simiente de mostaza pero la fuerza que lleva dentro es enorme. Todo hombre que se haya salvado ha sentido este germen en su interior. Germen que le habría llevado a la luz de la Iglesia si muchas circunstancias no le hubiesen alejado infranqueablemente de ella. Pero allá hubo Iglesia. Y la hubo de manera más real que como puede llegar España a un japonés que admira una Virgen del Greco. Por eso se ha dicho hermosamente que en las misiones es la Iglesia la que va en busca de la Iglesia (22). La plenitud de pertenencia a la Iglesia la dan los sacramentos. Por el bautismo somos hechos sus miembros y la gracia santificante es nuestra plenitud de unión con ella. Pero el principio de este camino

(17) Por historia entiendo aquí el concepto ordinario que de ella tenemos tras mucho tiempo de historia construida de espaldas a la fe.

(18) TOYNBEE, l. c.

(19) Eph 1, 11.

(20) Colos 1,17; Eph 1,10.

(21) Eph 1,23; 4,15.

(22) FRISQUE. *Hors de l'Eglise il n' y a pas de salut*. Dieu Vivant 7 [1955] 98-107.

son las vibraciones interiores de cualquier no bautizado en busca de Dios (23).

Junto a la historia de cada hombre corren las misericordias de Dios para con él, es decir, las llamadas a la felicidad eterna. Y estas llamadas son dadas por Dios acordándose de la sangre de su Hijo, "acordándose de su misericordia" con la que quiso instaurar en Cristo todas las cosas, con la que quiso hacer la Iglesia. En este nuevo sentido la Iglesia es garantía de la voluntad salvadora de Dios y podemos decir que porque hay Iglesia es por lo que los hombres, cualesquiera que sean, pueden franquear las puertas del cielo.

Hemos dicho que allá donde llega la gracia de Dios en el espacio o en el tiempo, no importa en qué civilización o en qué región del planeta, allí ha empezado a existir la Iglesia. Sin embargo parece incomprendible que en aquellos que de buena fe niegan e incluso atacan a la Iglesia o en los que vivieron antes de Jesucristo, pueda haber, todo lo rudimentaria que se quiera, una semilla de catolicismo.

Teológicamente la dificultad no es difícil de resolver, al menos en términos muy generales. Cualquier hombre que se salva ha de estar en gracia en el momento de su muerte. Ahora bien, la gracia de Dios lleva en sí, como un momento constitutivo de ella, una dirección, una llamada a la pertenencia plena a la Iglesia. Por tanto en la busca de Dios, cualquiera que sea, hay implícito un deseo de Iglesia. Y basta este deseo, aun implícito, para que podamos hablar de una cierta presencia de la Iglesia en aquel hombre.

Históricamente es más difícil de resolver. En el plano de los grandes acontecimientos históricos no se puede decir que los grandes movimientos religiosos de la humanidad sean líneas estrictamente convergentes en el Catolicismo. Pero tampoco es necesario. En todas ellas ha alentado el deseo y la necesi-

dad de Dios y esto es suficiente, porque Dios sólo se ha hecho asequible en Cristo y Cristo en la Iglesia. Volvemos a encontrarnos con el deseo implícito de que antes hablábamos aplicado en alguna manera a las grandes religiones (24).

En el plano individual, allá donde la ciencia histórica acaba, la teología nos da nuevos senderos de penetración. Nos dice en primer lugar que donde hay una acción valedera para la vida eterna, allá hay un germen y un efecto de la Iglesia pero también nos avisa de la dificultad de precisar con certeza y en concreto cuándo una vida inculpablemente alejada de la Iglesia, es valedera para la vida eterna.

Después de todo lo dicho, quizá se han ampliado las sombras en lugar de disiparse. Quizá nos parezcan ahora más misteriosos el crecimiento y el influjo de la Iglesia, la distribución de la gracia de Dios en el espacio y sobre todo en la historia. Creo sin embargo que es preferible sabernos y sentirnos superados por el misterio de la Iglesia de Dios que creer que abarcamos su realidad plurivalente apoyados en la nitidez de unas pocas ideas falsamente precisas. Debemos hacernos conscientes de la grandeza de la Iglesia. El primer paso es revisar la estrechez con que la concebimos (25). La gran obra de Dios en la Historia, la Santa Iglesia es —puede ser, debe ser— para sus miembros algo así como lo que para el muchacho que empieza a vivir representa "la vida". Realidad esperanzadora, marco de ilusiones, incentivo de aventuras. El muchacho se lanza a vivir sin miedo, sin temer que "aquello" se agote, queriendo aprovechar las más de sus posibilidades ocultas en la convicción de no poder aprovecharlas todas. Algo de esto es la Iglesia mirada con los ojos iluminados de la fe.

(24) Una visión del problema que nos ocupa desde el punto de vista de la verdad que las diferentes religiones encierran puede verse *Proy 5* (1958) 170-175 J. SANGRAN: *Ante la multiplicidad de religiones*.

(25) JOURNET, I. c.

(23) JOURNET. *L'Eglise du Verbe Incarné*. t. II, p. 111.